

Venezuela hacia la reconstrucción económica

Antonio De La Cruz
Director Ejecutivo
30/Abr/2026

Una estrategia para la estabilización, la recuperación energética y la reconstrucción del Estado

Un colapso sin precedentes

La historia ofrece muchos ejemplos de colapso económico, pero pocos se asemejan al caso venezolano. No se trata simplemente de una crisis de deuda ni de un episodio de mala gestión macroeconómica. Es el colapso casi total de un Estado petrolero moderno: una caída simultánea de la moneda, la producción, las instituciones y la confianza. La producción se ha contraído drásticamente durante la última década, la producción petrolera ha caído a una fracción de sus niveles históricos y la inflación ha alcanzado niveles extremos de forma recurrente. El resultado no es solo un fracaso económico, sino una desintegración sistémica. Reconstruir Venezuela no es, por tanto, una cuestión de estímulo o austeridad en el sentido tradicional, sino un problema de reconstrucción del Estado bajo severas restricciones internas y externas.

Dependencia y desintegración

La característica definitoria de Venezuela no es la pobreza, sino la dependencia. Durante más de un siglo, el petróleo ha estructurado la economía venezolana, representando la mayor parte de las exportaciones y de los ingresos fiscales. En su auge, esta dependencia financió un Estado expansivo. En su colapso, lo destruyó. La producción petrolera se desplomó debido a la falta de inversión, la mala gestión y las restricciones externas, mientras que el acceso al financiamiento internacional se redujo de manera simultánea. Este doble choque—la caída de la producción y la pérdida de acceso financiero—es lo que distingue a Venezuela de casi todas las demás economías en crisis. En términos prácticos, el Estado venezolano enfrenta hoy tres restricciones fundamentales: la ausencia de una moneda confiable, el colapso de un sistema de crédito funcional y la falta de una base de ingresos estable. Cualquier programa de recuperación que no aborde simultáneamente estos tres elementos está condenado al fracaso.

Fase I: Estabilización sin ilusiones

La primera fase de la reconstrucción debe centrarse en la estabilización, pero esta no puede basarse en el gradualismo. La fragilidad macroeconómica del país exige medidas decisivas e inmediatas. La moneda nacional ha perdido su función como reserva de valor, lo que hace indispensable establecer un ancla monetaria creíble. Ya sea mediante dolarización formal, una

caja de conversión o restricciones monetarias estrictas, el objetivo es anclar las expectativas y restaurar la confianza. Sin esta ancla, las presiones inflacionarias persistirán y cualquier ajuste fiscal será ineficaz. Al mismo tiempo, la política fiscal debe someterse a una consolidación rápida. El Estado venezolano ya no puede depender de la renta petrolera para sostener amplios programas de gasto. La compresión fiscal es inevitable, pero debe ser cuidadosamente calibrada para eliminar subsidios distorsivos, preservar el gasto social esencial y reasignar recursos hacia servicios críticos como electricidad, combustible y salud. El objetivo no es la austeridad por sí misma, sino la restauración de la coherencia fiscal. Igualmente importante es la reconstrucción de la credibilidad estadística. Años de opacidad han erosionado la confianza de inversionistas y organismos multilaterales. Restablecer un sistema transparente y confiable de información económica es un requisito previo para desbloquear financiamiento externo y reintegrar a Venezuela en el sistema financiero global.

Fase II: El imperativo energético

La estabilización por sí sola no generará recuperación. La estructura económica venezolana exige una segunda fase centrada en la restauración rápida del sector energético. A diferencia de economías más diversificadas, Venezuela cuenta con un único motor escalable de crecimiento: los hidrocarburos. El país posee vastas reservas de petróleo, pero la producción se mantiene muy por debajo de su potencial debido al deterioro de la infraestructura, la fuga de capitales y la incertidumbre jurídica. La velocidad con la que se logre recuperar la producción petrolera determinará en gran medida la trayectoria de la recuperación. Esto requiere una transformación profunda del sector, incluyendo otorgar control operativo a socios privados, establecer regímenes fiscales flexibles y garantizar protección jurídica mediante mecanismos internacionales de arbitraje. Sin estas condiciones, la inversión necesaria no llegará. Al mismo tiempo, la elevada deuda externa constituye un obstáculo significativo. Ningún inversionista comprometerá capital sustancial en un entorno de reclamaciones no resueltas y ambigüedad legal. La reestructuración de la deuda debe avanzar en paralelo con la reforma del sector, incluyendo reducciones de capital, extensiones de plazos y claridad jurídica sobre activos y obligaciones. Otro factor crítico es el capital humano. El país ha experimentado una de las mayores olas migratorias de la historia reciente, privando a sectores clave de mano de obra calificada. La recuperación requerirá políticas que incentiven el retorno de esta fuerza laboral mediante salarios competitivos, estabilidad jurídica y oportunidades profesionales creíbles.

Fase III: De la recuperación al crecimiento

Si la estabilización detiene el colapso y la recuperación energética restablece los ingresos, la tercera fase debe centrarse en el crecimiento sostenible. Sin embargo, el crecimiento en Venezuela no puede replicar el modelo histórico del Estado petrolero. El sistema anterior, basado en altos ingresos petroleros que financiaban un Estado expansivo, demostró ser estructuralmente

insostenible. El nuevo modelo debe priorizar la productividad y la resiliencia. La reconstrucción de la infraestructura es central en este proceso, ya que años de abandono han deteriorado gravemente los sistemas eléctricos, las redes de transporte y la capacidad de refinación. Será necesaria una inversión a gran escala, probablemente mediante alianzas público-privadas respaldadas por financiamiento multilateral. En paralelo, el sistema financiero debe ser reconstruido. El sector bancario está subcapitalizado y desconectado de los mercados internacionales, lo que limita el acceso al crédito. La recapitalización, la reforma regulatoria y la reintegración en los sistemas de pago globales son necesarias para restaurar la intermediación financiera. Con el tiempo, la diversificación debe surgir de manera gradual, utilizando los ingresos petroleros como base para desarrollar sectores como el gas natural, la petroquímica y algunas industrias exportadoras. La diversificación no puede preceder a la recuperación; debe ser su consecuencia.

La restricción de la supervisión externa

Un rasgo distintivo de la recuperación venezolana será el papel de la supervisión externa. Los controles financieros, las sanciones y la condicionalidad internacional ya han transformado el entorno económico del país. Incluso con la flexibilización de estas restricciones, es probable que los flujos financieros clave, especialmente los ingresos petroleros, permanezcan bajo algún tipo de supervisión externa. Esto genera una tensión fundamental. Por un lado, la supervisión limita la soberanía; por otro, puede acelerar la recuperación de la credibilidad al imponer disciplina y transparencia. Gestionar esta tensión será crucial para el éxito de la estrategia de recuperación.

La economía política de la recuperación

La economía no opera en el vacío. La población venezolana ha soportado años de deterioro económico, hiperinflación y colapso institucional. Este contexto genera tanto una oportunidad como un riesgo. A corto plazo, puede existir mayor tolerancia a las reformas, pero esta no es ilimitada. Si las mejoras no son visibles en un período relativamente corto, el apoyo público puede erosionarse rápidamente. Por ello, los primeros seis a doce meses son decisivos. Estabilizar los precios, mejorar la disponibilidad de bienes esenciales como el combustible y generar actividad económica visible son condiciones necesarias para sostener el impulso político.

Un corredor estrecho

El camino hacia la reconstrucción es estrecho y está lleno de riesgos. El éxito depende de mantener un equilibrio delicado entre estabilización, recuperación energética y reconstrucción institucional. Un ajuste excesivo sin crecimiento provocará rechazo social, mientras que una expansión sin disciplina reactivará la inestabilidad. Una reforma institucional insuficiente desincentivará la inversión necesaria para la recuperación. Venezuela debe navegar este estrecho

corredor con precisión. Sin un programa coherente e integrado, el país corre el riesgo de quedar atrapado en un equilibrio de bajo nivel: ni colapsado por completo ni verdaderamente recuperado, sino suspendido entre ambos estados. Escapar de ese equilibrio es el desafío central, y el tiempo es la variable más crítica para determinar el resultado.